



CRONICA DE LO QUE PASA

Los avatares ideológicos de nuestro socialismo

EMILIO ROMERO

Se adjudica a Alfonso Guerra la frase de que un "hiperpragmatismo agudiza el vaciamiento ideológico de los socialistas". También ha dicho el dirigente cerebral de la UGT, José María Zufiur, que "el dogmatismo de Felipe González le resta credibilidad". Son dos opiniones sustancialmente diferentes sobre las que conviene hacer alguna meditación, porque el socialismo es una de las fuerzas protagonistas de nuestro país, ahora está en el Gobierno y ya tiene su XXXI Congreso después de las fiestas próximas. Vamos a empezar por el "hiperpragmatismo", que no es otra cosa que un gran sentido práctico para gobernar. A tal efecto conviene saber el pueblo español que tenemos delante, porque las ideologías o son complacidas del pueblo, o serían consumo reducido de intelectuales especulativos. El pueblo español ha bajado grandemente sus grados en materia de resentimientos o apasionamientos. Ya no es un pueblo de banderas sino, a lo sumo, de pancartas. Las banderas son idealismos, y las pancartas son peticiones de aquello que se entiende como justo y para una vida mejor. Aquel llamado "consumismo" de los años 60, no era otra cosa que los deseos del pueblo para alcanzar consumo de todo, tanto de alimentación como de ocio. Se apetece salir de "las clases altas" se hace a través de la política relevante, del triunfo universitario o tecnológico, y de la suerte o la fortuna. En los años 30 de este siglo el pueblo aparecía embarcado en "revolu-

ciones" más adelante mostraba su afición por embarcarse en "reformas", y los socialistas animarían a nuestro pueblo, en los comienzos de los años 80, para ser embarcados en el "cambio", pero que ya no tenía una naturaleza social como reivindicación, sino como el suceso político que llevara a otras gentes al poder para fabricar "el estado de bienestar", desde el socialismo, con una mayor sensibilidad o exigencia hacia la justicia. En resumen: nuestro país, o nuestro pueblo, lo que desea es vivir mejor, o vivir bien, y esto ya es una exigencia para todos, tanto para los conservadores como para los socialistas. Esos que llamamos "la europeización", no es otra cosa que la liberación de un riesgo de "tercermundismo del que ya nos habíamos librado en la década de los 60. Al socialismo contemporáneo, diez años después de la restauración democrática, y con cinco años de poder, se le exige lo corriente en una sociedad europea: menos paro, mejores salarios, más pensiones, menos fisco, más seguridad, niveles de vida para el ocio y los viajes, igualdad de oportunidades, y todo lo que se corresponde con un país de Europa que se acerca al año 2000. A esto se le llama, inevitablemente, "hiperpragmatismo". Si los socialistas, por su ideario, no fueran otra cosa que unos magníficos repartidores igualitarios de la pobreza, no interesarían a nadie. Lo que

ocurre después es que la diferencia de los socialistas con los conservadores es la ideología, y aquí es donde empieza el drama socialista. Resulta obligado conciliar la ideología social con el hiperpragmatismo, y entonces resulta necesario hacer diabluras dialécticas. El socialismo tiene un aire redentor, y lo que exige la gente es la redención del sistema capitalista, pero con igualdad de oportunidades, porque la otra igualdad es una utopía. La socialdemocracia europea no es otra cosa que una aportación de realismo frente a las utopías históricas o clásicas. Ahora se impone un realismo más avanzado que es eso que se llama el "hiperpragmatismo" pero, evidentemente, como dice Alfonso Guerra "agudiza un vaciamiento ideológico". Esta es la situación de nuestro socialismo: tiene que hacer frente a su inexorable vaciamiento ideológico, aunque aceptándolo e informando sobre el fenómeno.

Lo de Zufiur

En cuanto a la acusación de José María Zufiur a Felipe González por eso de que su dogmatismo le resta credibilidad, no es otro fenómeno férreo, sino un pragmatismo bajo el palio ideológico del socialismo. También dijo unos años después que la misión del socialismo no era la de repartir la pobreza, sino la de aceptar el li-

beral-capitalismo como el sistema económico menos malo. En el fondo, todo el dogma de Felipe González consiste en hacer correcciones sociales a los excesos del sistema liberal-capitalista. Todo esto, en cuanto a la intención. Luego resulta que ha descubierto el estado, que nos venía ya muy fuerte desde el régimen anterior, y se siente en el estado más seguro de distribuir bondades, que si se despojara de ligaduras a la sociedad. Este es un fenómeno socialista contemporáneo, desde la revolución rusa en adelante. La filosofía es que desde el estado se puede hacer el bien, y desde la sociedad es imposible. Después ocurre que Felipe González tienen las obligaciones constitucionales, que no establecen un país socialista, sino una sociedad liberal. En la misma Constitución hay afirmaciones de las que puede sacar partido el socialismo, como son los principios del "interés general" o "la planificación". Pero el espíritu de la Constitución es el que se corresponde con una democracia pluralista, con sus alternativas de poder entre las varias ideologías. lo que sucede cuando se accede al Palacio de la Moncloa es que se apodera de su inquilino el Estado, lo secuestra, y ya es otra persona. Eso ocurrió también con Suárez. La inexperiencia de nuestra moderna clase política aparece narcotizada por el Estado y ajena a que donde se produce un país es en la sociedad. La sociedad es el impulso, el Estado es el orden. Y no al revés.

Las frases del Día

Joshua Hassan: «Bossano es solo un loco ambicioso».

Joe Bossano: «Hassan se va porque ya está acabado para la vida política de Gibraltar».

Juana de Aizpuru: «Estoy abierta a todas las tendencias, pero buscando siempre creadores que arriesguen. Aunque corran mayor peligro de equivocarse, conocen menos limitaciones».

Guillermo Cabrera Infante: «La monogamia es el último refugio que le queda al libertino».

Andrés Aberasturi: «Después de ver las orejas de Alfonso Ussía, los telespectadores se van a encontrar con mi nariz y "La tarde" va a parecer un concurso de feos».

Oscar Arias: «Venir a Oslo a recibir el Premio Nobel ha sido una experiencia inolvidable. La verdad es que su concesión ha sido la sorpresa más grande de mi vida».

Agustín Rodríguez Sahagún: «Es posible que el PSOE está intentando otros ensayos, pero nosotros apoyaremos al actual defensor del pueblo».

Víctor Korchnoi: «Amo profundamente el ajedrez y no tengo otro tipo de inclinaciones, como Karpov, al que le gusta el poder político».

José Antonio Segurado: «El PL tiene abiertas las puertas a los que se fueron».

Leo Beenhakker: «Cuando por los pies de un futbolista pasan veinte balones y pierde cinco, apenas se nota, pero cuando dispone de cincuenta y falla diez, todo el mundo se da cuenta».

Iberoamérica, entre la integración y la desintegración

ALBERTO BAEZA FLORES

En los finales de la Segunda Guerra Mundial vivíamos en Iberoamérica un dilema que presentó, en un libro famoso nuestro Germán Arciniegas. Entre la libertad y el miedo. Era el imperio del que fue llamado, con justo símbolo: La internacional de las espadas. Las tiranías de "los hombres fuertes", los "providenciales", tenían la palabra.

En la capital dominicana leí en un enorme letrero luminoso: "Dios y Trujillo". Cuando el golpe del 10 de marzo de 1952 contra la democracia cubana, las pistolas de los que acompañaban como "élite" al general golpista, decían: "Este es el hombre". Sobre las piedras cordilleranas, subiendo desde Mendoza —Argentina— a Potrerillos, pude leer en octubre de 1958 las consignas del imperio justicialista, populista, de Perón. La readaptación en Iberoamérica del orbe mussoliniano. (Hablo de la primera estrofa del peronismo. Las razones sociales eran justas, pero no sus vías, ni sus

medios. Yo estaba, entonces, con los socialdemócratas argentinos del Dr. Juan B. Justo y leía la "Historia de una pasión argentina" de Eduardo Mallea como se lee un breviario o un misal de amor americano.

Los "adecos" en Venezuela sostenían una lucha heroica con los Pérez Jiménez, y los liberales en Colombia contra los Rojas Pinilla. En América Central, la dinastía de la familia Somoza parecía inmovilizable como el reino del General Stroessner y Paraguay, contra el que en vano luchaban los febreristas, como lo hacían los observadores de Nicaragua contra Somoza y su dinastía, que recordaba las pirámides de Egipto.

En medio de tantas encrucijadas, la brújula nos marcaba los puntos cardinales para nuestra integración, para reanudar el plan bolivariano roto en Panamá; para no dejar de pensar en esa "nuestra América", que predicó José Martí, como una patria desde el sur del río Grande hasta la Tierra del Fuego.

Grandeza y miseria del deporte

ENRIQUE BELLIDO MUÑOZ

Hacia muchos años que no me acercaba por un estadio o una cancha para presenciar un espectáculo deportivo. Creo que la última vez, presencié casi colgado en las nubes. Un partido de fútbol en una de esas gradas que, sobre una impresionante estructura de hormigón, te alejan del césped lo suficiente como para no sentir la emoción del deporte.

Lo cierto es que nunca me he visto atraído por la observación en directo de los llamados deportes de masas, aunque en honor a la verdad, he de decir que alguno de ellos lo practiqué con asiduidad.

De todas maneras, uno de estos últimos domingos en los que el agua tomaba por cauces canales y aceras, tuve la oportunidad de presenciar uno de estos encuentros concretamente de baloncesto y no llamado por mi interés en alguno de los equipos sino por circunstancias que no vienen al caso.

Asistí al mismo acompañado por tres de mis hijas y esperando disfrutar de un deporte que, aunque viril, siempre ha sido de una gran plasticidad.

Lo cierto es que mucho antes de que terminara el partido, me vi obligado a dejar la grada ante el bochorno que me producía lo que allí estaba observando y la pésima conclusión que ello provocaría en mis acompañantes. Un abandono que juré sería definitivo.

Los lances del juego se desarrollaban dentro de los cauces de deportividad que la presencia de los árbitros exigía, pero alrededor de la pista sintética, en los graderíos, era donde el espectáculo se convertía en grosero y dantesco.

El hecho de ser un recinto reducido y de no estar completo en todas sus lucididades, hacía tener al alcance de mi vista a todo tipo de gentes por mis conocidas, que se confundían en sus gritos y gestos con el resto de la masa en un coro colérico y enardecido.

Desde el más diverso repertorio de "tacos", elevados a la categoría de adjetivos por Camilo José Cela, hasta la agresión personal, pasando por las amenazas y recuerdos a familiares allegados, brotaban de cada uno de los asientos que a manera de resorte, despedían violentamente con cada jugada al espectador enfurecido.